

mada al palacio patriarcal, para que le espeliesen de él con barbaridad, llenándole de ultrages sin respetar su edad de ochenta años. El prelado se retiró al campo y á una casa de sus padres situada fuera de Constantinopla, dejando en extremo consternada la ciudad, cuya silla habia ocupado mas de catorce años. Muchos fragmentos nos han quedado en la biblioteca de los padres, que dan á conocer la profundidad de su doctrina y la bondad de su carácter. Instituyeron en su lugar á Anastasio, después de haberse declarado públicamente contra las imágenes.

7. Habia en el vestibulo del palacio mayor de Constantinopla una imagen sumamente reverenciada, que representaba á Jesucristo en la cruz (1). La voz pública afirmaba, que el gran Constantino la habia mandado construir en memoria de la señal milagrosa que se le apareció en el cielo, y la titulaban *Antifonetes* ó *fiador responsal*; porque estando un comerciante cristiano en la necesidad de pedir prestada á un judío una suma considerable, y habiéndole dado en fianza á Jesucristo representado en esta imagen, tuvo un éxito inesperado en sus especulaciones, que le puso en estado de pagar y obligó á su acreedor á convertirse. Otros mil prodigios referian de ella. El Emperador iconoclasta tomó de aquí pretexto para principiar sus sacrilegos escesos: envió á su escudero Jovino para que arruinase aquella imagen. Quisieron las mugeres que estaban presentes persuadir á Jovino

(1) *Narr. de Antiph. tom. 2. Biblioth. PP. = Vit. S. Steph. pag. 415. = Tom. 7. Concilior. pag. 19.*

que desistiese de semejante impiedad; pero todo fue inútil. Subió él mismo la escalera y dió tres hachazos en el rostro de la imagen sagrada. Llenas las mugeres de indignacion, asieron por el pie la escalera y dejaron caer á Jovino que quedó muerto. Fue sin embargo derribado el Crucifijo, y colocaron en su lugar una simple cruz, á la que no rehusaban honrar los novadores, con tal que no tuviese ninguna figura humana. Condenaron á aquellas mugeres á muerte con otras diez personas que la iglesia griega venera como mártires por la constancia con que se conservaron en la fe católica.

8. Persiguió el Emperador sobre todo á los hombres mas acreditados por sus conocimientos, porque por su ignorancia no podia tolerar ni las ciencias ni los sabios. Colocaron sus predecesores cerca del palacio una biblioteca, regalándola generosamente mas de treinta mil volúmenes. Tenia el bibliotecario, hombre de un mérito singular, otros doce bajo su inspeccion, á quienes enseñaba gratuitamente la ciencia de la Religion, y por lo comun todas las demás. Eran tan universales sus conocimientos y su sabiduría tan acreditada, que los Emperadores mas insignes se habian prescrito no emprender cosa alguna extraordinaria sin su consejo. Empleó Leon inútilmente las ofertas y las amenazas para arrastrarle á su heregía. Al fin mandó cercar toda la biblioteca con leña seca, é incendiar los libros y los que los conservaban (1).

(1) *Du Cang. CP. Christ. lib. 2. pag. 151.*

Sintiósese particularmente la pérdida de las obras de Homero, que estaban escritas con letras de oro en la tripa de un dragon de ciento veinte pies de largo. Abolió al propio tiempo el bárbaro Emperador las escuelas de las letras sagradas que existian desde Constantino el grande. Pretendió por último coactar á todos los moradores de Constantinopla, no solo á entregar sin escepcion las imágenes de Jesucristo, de la Virgen y de sus Santos, para abrasarlas en medio de la ciudad, sino tambien á que borrasen ellos mismos con cal todas las pinturas de las iglesias; y como la mayor parte de ellos se negasen á obedecerle, les cortaron las manos, los brazos ó la cabeza, martirizando á una multitud de individuos de todas clases y condiciones.

9. Envió orden para que se egecutase lo mismo en Italia, no contento con las profanaciones cometidas en las iglesias de todos sus estados de oriente. Conmóviéronse al oír esta noticia todos los pueblos, y derribaron y hollaron las imágenes de un Emperador que no respetaba la de Jesucristo. El Papa sin aprobar la sedicion, exhortó á los fieles á preservarse de la heregía; y duplicó sus oraciones y limosnas, prescribiendo ayunos y procesiones para obtener los socorros del cielo en una necesidad tan urgente. Repetidas veces escribió al Emperador para hacerle entrar dentro de sí mismo, pero sin fruto. Reunido en este Príncipe el espíritu de avaricia al del error y de la impiedad, tomó entonces el método de usurpar á las iglesias todos los vasos de oro y plata con pretes-

to de que tenian grabadas las figuras de algunos Santos. El celo de la heregía y el resentimiento que ardia en su corazon contra el Papa, le hicieron intentar varias veces el asesinato de Gregorio II para substituirle un Pontífice mas favorable sus designios (1). Empero salieron frustradas sus ideas por el celo de los romanos, quienes concedieron al Papa Gregorio en el año 726 una especie de superintendencia sobre la ciudad y el ducado de Roma, que fue el principio de la soberanía de los Papas.

Pablo, exarca de Ravena, malogrados las conspiraciones secretas, empleó abiertamente la fuerza y envió tropas contra Roma. No desfallecieron aquellos ciudadanos: y unidos á ellos los lombardos para defender al padre comun de los fieles, y corriendo de todas partes en gran número, aterraron de tal suerte á las tropas del exarca, que no osaron acercarse.

10. Algun tiempo despues, el Rey Luitprando, siempre solícito en utilizar las ocasiones de dilatar su poder, hizo alianza con el eunuco Eutiquio, exarca de Ravena, y se convinieron en que el Rey sujetaria á su obediencia los duques de Spoleto y Benevento, y que el exarca se haria dueño de Roma, para egecutar las órdenes del Emperador contra el Papa. Sujetó con efecto Luitprando á los duques, y despues se encaminó á las puertas de Roma. Conservó el Pontífice su serenidad, resuelto á librar á su pueblo ó á sacrificarse en su defensa. Salió valerosamente al encuentro del lombardo, y pronunció un dis-

(1) *Anast. in Gregor. II.*

curso que enterneció á todos. Cedió Luitprando con la mayor facilidad, porque habia adquirido cuanto deseaba. Hincóse á los pies del Pontífice; ofreció no hacer daño á nadie, y despojándose de sus armas, fue á dejar delante del cuerpo de San Pedro su espada, tabalí y manto, con una corona de oro y una cruz de plata. Rogó al Papa se reconciliase tambien con el exarca despues de haber hecho oracion; lo que egecutó Gregorio con una sinceridad nada sospechosa, pues favoreció á este tímido eunuco contra Tiberio, llamado por otro nombre Petaso, quien se rebeló poco despues en la Toscana, y pretendió coronarse Emperador.

11. Leon no desistió de sus tentativas impías, á pesar de los riesgos á que le precipitaban. Llegó su ceguedad hasta el extremo de enviar al Papa su edicto contra las imágenes; le ofreció sus buenos oficios si le admitia, y le amenazó con que le haria depouer, si estorbaba su egecucion. Despreció Gregorio amenazas y promesas, y exhortó á todos los cristianos por medio de cartas circulares á que despreciasen con valor esta órden tan impia. Púsose tambien toda la Italia en movimiento: los pueblos de la Pentápolis, vasallos de Leon, y hasta su egército de Venecia, es decir, de la provincia de Ravena, declararon que combatirian hasta morir en defensa del Papa, y anatematizaron al Emperador herege y á todos los fautores de su heregía. Nombraron gefes: enviaron por todas partes diputados y negociadores hábiles y activos; y en fin toda la Italia por una deli-

beracion pública, acordó elegir otro Emperador, y partir á coronarle á Constantinopla; mas el Papa contuvo esta sublevacion (1).

Queriendo Exhilarato, duque de Nápoles que era dueño de la Campania, inducir al pueblo de esta provincia á despojar de la vida al Pontífice, cayó en manos de los romanos, quienes le dieron la muerte juntamente con su hijo. Espulsaron luego de su ciudad al duque Pedro de quien concibieron sospechas: y Pablo, nuevo exarca de Ravena, fue muerto por un partido de ciudadanos divididos entre sí. Rindióse á los lombardos la ciudad de Auxume en la Pentápolis, y muchas plazas de la Emilia siguieron el mismo egeemplo. Apoderáronse por fin de la misma ciudad de Ravena, donde reinaban el desórden y la confusion; y el exarca se vió en la necesidad de residir en Venecia (2). Así nos lo demuestra una carta que escribió entonces Gregorio II á Urso, duque de aquella ciudad, en la que este Pontífice, adicto siempre al Emperador Leon á pesar de sus errores y violencias, exhorta á este duque á entenderse con el exarca para poner la ciudad de Ravena bajo la proteccion de las leyes imperiales, y no consintió á los romanos que efectuasen la resolucion de despojar de la vida al patricio Eutiquio, sorprendido de nuevo en una conspiracion contra la Cabeza de la Iglesia. Mas la repeticion de tantos crímenes obligó á los romanos á tomar las medidas mas oportunas para la con-

(1) *Theoph. ann. 7.* (2) *Gregor. II Epist. ad. Urs. tom. 6. Concilior.*

servacion de su Pontífice y de la fe de la que era victima. Grandes y pequeños, todos se obligaron con juramento á perder la vida antes que consentir que su persona sufriese algun mal. Intentó otra vez el patricio Eutiquio seducir al Rey y á los duques lombardos, utilizando el resorte del oro, tan poderoso por lo regular en el espíritu de aquel pueblo; pero no sacó mas que la vergüenza y confusion debidas á la infamia de una maquinacion tan vil. Lejos de dar oídos á sus insinuaciones pérfidas, se reunieron á los romanos obligándose con el mismo juramento que ellos á la defensa del Sumo Pontífice. Por su parte Gregorio, distinguiendo con prudencia entre los esfuerzos de los pueblos contra el imperio, y el amor religioso que profesaban á la persona del Vicario de Jesucristo, les tributó gracias por un afecto nacido del horror á la heregía, y los exhortó al mismo tiempo á permanecer fieles al Emperador. Tal era el respeto de este santo y sabio Pontífice á las débiles reliquias del poder que los sucesores de los Césares conservaban en la antigua Roma. Los griegos pretenden sin embargo que Gregorio II substrajo la Italia de la obediencia de los Emperadores: mas los historiadores de Italia, que se esplican de un modo de todo punto distinto, merecen tanto mayor crédito, quanto su adhesion al Papa no les habria hecho adulterar la verdad en una materia que en su opinion no podia menos de honrarle. ¿Por ventura le creerian reprehensible cuando (usando de acuerdo con ellos de su derecho de soberanía ó independenciamasi del todo estableci-

do) se hubiese aliado á los lombardos y otros pueblos absolutamente independientes para hacer frente á la fuerza con la fuerza, y librarlos no menos que á la Iglesia de las últimas desgracias?

Despreció el Papa Gregorio las cartas sinódicas del patriarca Anastasio, encumbrado á la silla de Constantinopla por la profesion que hizo de la nueva heregía. Animado del vigor conveniente á la primacia de la Sede apostólica, le escribió diciendo, que si no tornaba á la fe de la Iglesia, le despojaría del sacerdocio. Mas no pudo ejecutar esta amenaza á causa de haber espirado poco tiempo despues, es decir, en el año 731, y verosímilmenté el día 10 de Febrero. Su Pontificado de cerca de diez y seis años en los tiempos mas críticos, no fue mas que un largo tegido de acciones vigorosas y sabias, de virtudes pacíficas y hechos brillantes. Tuvo siempre por blanco de ellas la gloria de Dios, las mejoras de la Iglesia y la salud de los pueblos y de los mismos Príncipes, á quienes se vió en la precision de contradecir. Cuéntasele en el número de los Santos.

12. Se conservan algunas cartas suyas, que nos manifiestan el estado del gobierno gerárquico en la parte septentrional de Italia (1). La diferencia de dominaciones que la jurisdiccion eclesiástica defendía aun con bastante frecuencia, hizo dividir en dos el patriarcado de Aquileya. Sereno, patriarca de los lombardos, residía en Friul; y Donato, patriarca de los romanos, seguía viviendo en Grado. A instancias

(1) *Gregor. II Epist. 14. et 15.*

del Rey de los lombardos habia concedido Gregorio II el palio á Sereno, quien tomó pretexto de este favor para formar algunas pretensiones contra Donato. Persuadióle el Papa al instante por medio de sus cartas á que se contuviese dentro de sus límites, que eran los de la dominacion de los lombardos. Al propio tiempo escribió á Donato, á los demás obispos, y á los pueblos de Venecia y de Istria, diciéndoles, que no habia pretendido hacer novedad en sus derechos eclesiásticos, y que estos reglamentos de religion debian ser aun menos perjudiciales á sus derechos políticos.

13. Ínterin se celebraban los funerales de Gregorio II, todo el pueblo romano como por inspiracion divina cogió á la fuerza al sacerdote Gregorio que estaba presente, y le sentó en la Cátedra de San Pedro. Ordenáronle treinta y ocho dias despues de la muerte de su predecesor, en 18 de Marzo del mismo año 731 (1). La veneracion pública no podia ser mas justa, porque estaba este varon dotado de una dulzura evangélica, pero sin debilidad ni afeminacion, y de una prudencia consumada: era profundo en las Escrituras, naturalmente elocuente, y aunque siro de nacion, tenia una facilidad extraordinaria para explicarse en griego y en latin: era inviolablemente adicto á la fe católica, y dotado de una caridad egemplar que brilló redimiendo los cautivos y socorriendo á los presos, á las viudas, á los huérfanos y á todas las personas desvalidas. Reunia á estas obras de mi-

(1) *Anast. in Gregor. III.*

sericordia la ciencia y la práctica de la vida interior, en la que se complacia conducir por las sendas de la mas sublime perfeccion á aquellas almas que el Señor habia prevenido con sus gracias de eleccion. Llamáronle Gregorio el jóven, para distinguirle de su predecesor, con quien le han confundido comunmente los griegos.

14. Apenas le colocaron en el trono pontificio se consagró con la mayor eficacia á extinguir la guerra que el Emperador Leon hacia á las santas imágenes. Envióle un sacerdote de la iglesia romana, llamado Jorge, con cartas no menos afectuosas que instructivas para sacarle de su error. Repetíale cuanto hemos espuesto en los escritos de San German acerca del temor imaginario de idolatrar reverenciando las imágenes de Jesucristo y de sus siervos (1). „Mas durante los primeros años de vuestro reinado, continúa, vos no hicisteis una objecion tan estraña. Conservamos con cuidado en la iglesia de San Pedro las cartas selladas con vuestro sello y suscritas de vuestra mano con el vermellon. Confesais en ellas nuestra fe con toda su pureza y estension: habeis caminado con esta rectitud por espacio de seis años, ¿quién os ha hecho retroceder en este tiempo, precipitándoos en una caida tan funesta? ¿quién os aparta de la senda trazada por los padres y por los seis concilios generales? Teniendo por obispo á nuestro santo hermano German, debiais consultar como á vuestro padre á este venerable anciano de edad de noventa y cinco

(1) *Tom. 7. Concilior. pag. 10.*

años, durante los cuales no ha cesado de enriquecerse con gran fondo de experiencia, para ventaja de la Iglesia y del imperio. Le habeis puesto en olvido, prefiriendo escuchar á ese insensato y perverso Efesino, hijo de Apsímaro, y á su obispo Teodosio, que es uno de los gefes de la nueva impiedad. Príncipe, no obró de esta manera el Emperador Contantino Pogonato, de feliz memoria, que mandó celebrar el sexto concilio, y fue el primero en acatar sus decisiones. Aprended de su ejemplo, que no pertenece á los Emperadores sino á los obispos solamente el decidir en materias de religion. Así como los prelados que son propuestos para las iglesias se abstienen de los negocios políticos, del mismo modo los Príncipes seculares deben abstenerse de las cosas eclesiásticas, y limitarse cada uno á la autoridad que le ha dado el cielo. Diferentes ministros tienen el santuario y el palacio, á cuyo respectivo distrito deben limitarse, sin osar siquiera volver los ojos á los ajenos. No debe mezclarse el obispo en la distribucion de las dignidades temporales, y el Emperador no puede instituir sacerdotes ú obispos, consagrar ó administrar los sacramentos, ni participar de ellos sin el ministerio sacerdotal.”

„Nos proponeis, continúa el Pontífice, reunir un concilio ecuménico; mas no lo juzgamos necesario. Vos sois el autor de la guerra que sufre la Iglesia: dejad de inquietarla, y de este modo tendrá paz y se finalizarán los desórdenes. Gozaba la Religion de una tranquilidad profunda cuando escitasteis los combates y los escándalos. La celebracion de un concilio

no haria más que aumentarlos en tales circunstancias. ¿Dónde está el piadoso Emperador que pueda asistir al concilio, segun costumbre, para ausiliar y hacer llevar á efecto sus decisiones, recompensar á los defensores de la verdad, y reprimir á aquellos que la blasfeman? Creeis asustarnos diciendo: yo enviaré á Roma para que derriben la imágen de San Pedro, y para que aten al Papa y le traigan, como en otro tiempo á San Martin, cargado de cadenas. ¿Pero ignorais que el odio que profesais á la Iglesia ha levantado contra vos á todo el occidente? En vez de infundirnos temor nos moveis á compasion: hemos tenido el dolor de ver arrancadas, derribadas y pisadas vuestras efigies. Los lombardos, los sármatas, y otros pueblos del norte, han hecho correrías en la provincia de Ravena, se han apoderado de esta ciudad, y han arrojado á vuestros oficiales, poniendo en ella los suyos. Piensan dar igual trato á los que teneis en las plazas mas cercanas á nosotros, sin exceptuar á Roma; ¿y cuáles serán vuestros recursos para defenderlas? Persuadios, pues, de que vuestras amenazas nada tienen aquí de terrible. Los Papas por el contrario han venido á ser unos útiles mediadores entre el oriente y el occidente.”

15. Marchó con valor el sacerdote Jorge con estas cartas en calidad de legado; mas no tuvo la constancia necesaria (1). Halló á su llegada á Constantinopla los ánimos tan enconados, que ni siquiera osó presentar sus despachos al Emperador; y regresó á

(1) *Anast. in Gregor. IId.*

Roma sin haber hecho nada. Confesó con ingenuidad su flaqueza dando grandes señales de arrepentimiento y prometiendo repararla. Quiso el Papa deponerle sin remedio en un concilio: mas á ruego de los obispos que intercedieron unánimes por esta debilidad momentánea, cuya memoria estaba pronto el culpado á estinguir, se contentó el Pontífice con obligarle á hacer penitencia, tornando luego á enviarle á Constantinopla con aquellas mismas cartas que le hicieron temblar en su primer viage. Mandó el Emperador que las recogiesen en Sicilia, sin consentir que el legado las llevase á Constantinopla, y le condenó á un destierro, donde pasó cerca de un año.

16. Sabedor de esto el Papa, congregó en el año 732 un concilio de noventa y tres obispos en la Iglesia de San Pedro, entre los que se hallaron el arzobispo de Grado, y el obispo de Ravena, vasallos del Emperador. Los sacerdotes, los diáconos, todo el clero romano fue generalmente admitido. No se trataba de aquellas especulaciones profundas que ocuparon á la mayor parte de los concilios precedentes, sino de una práctica universal y constante, que formaba una parte de la devoción de los pueblos. A fin de manifestar al Emperador cuan adictos estaban á una costumbre tan reconocida de la fe católica, y cuan arriesgado era para él mismo pretender coactarlos en este punto, dieron entrada á los magistrados y á todo el pueblo romano. Resolvieron que si en lo futuro alguno despreciando el uso de la Iglesia apostólica, por lo perteneciente á las santas imáge-

nes, las quitase, destruyese, profanase ó hablase de ellas con desprecio, seria excluido de la participacion del cuerpo y sangre de Jesucristo, y separado de la comunión de la Iglesia. Decretaron igualmente que se escribiese al Emperador Leon de parte del concilio, amonestándole á que mudase de conducta, y á que pusiese fin á sus violencias.

Para confirmar el Pontífice con su egeemplo la decision del concilio, mandó conducir á la Iglesia de San Pedro seis columnas de alabastro, que le habia dado el exarca Entiquio: fueron erigidas delante de las reliquias del Príncipe de los Apóstoles tres á la derecha y tres á la izquierda, y cubiertas de plata finísima, en la que estaba grabada por un lado la imágen del Salvador y las de los Apóstoles, y por otro la de la Madre de Dios, y las de muchas vírgenes célebres por su santidad. Para testificar todavía de un modo mas espresivo el respeto debido á las reliquias de los Santos, como igualmente á sus imágenes, recogió Gregorio gran cantidad de estas reliquias preciosas, y construyó en la misma Iglesia de San Pedro un oratorio, donde las colocó con muchas piedras preciosas, un cáliz de oro con su patena, y dos vinageras de plata. Adornó principalmente la imágen de la Virgen con una diadema de oro, seis preciosos jacintos, y otras muchas joyas inestimables, sin contar las coronas, los vasos y las cruces de plata. Colocó en el oratorio del pesebre, llamado por escelencia el santo oratorio, una efigie de la Madre de Dios con su Hijo en los brazos, to-